

CUANDO me formulé la íntima resolución de ser torero? No lo sé. Es más: creo que era ya torero profesional y todavía no me atrevía a llamarlo íntimamente, porque no estaba seguro de serlo, aunque presumiese de ello. La gente, cuando habla de su infancia, suele demostrar que desde la cuna tuvo una vocación irresistible, una clara predestinación para aquello en lo que luego había de triunfar. Yo tengo que confesar que no acerté a formular una decisión concreta sobre mi porvenir a todo lo largo de mi penosa formación profesional. Tenía, eso sí, una difusa aspiración a algo que mi voluntad vacilante no acertaba a señalar. ¿Torero? Yo mismo no lo creía. Toreaba porque sí, por influencia del ambiente, porque me divertía toreando, porque con el capotillo en la mano yo—que era tan poquita cosa y padecía un agudo complejo de inferioridad—me sentía superior a muchos chicos más fuertes, porque el riesgo y la aventura de aquella profesión incierta de torero halagaba la tendencia de mi espíritu a lo incierto y azaroso. Después he advertido que había en mí una voluntad heroica que me sostenía y empujaba a través del dédalo de tanteos, vacilaciones y fracasos de mi adolescencia. Una voluntad tenaz me llevaba, pero sin saber a dónde. Pisaba fuerte yendo con los ojos vendados. Mi voluntad tensa era como el arco tendido frente al horizonte sin blanco aparente.

En la plaza del Altozano estaba el foco de la tauromaquia trianera. Allí, en la taberna de "Berrinches" y en otra que tenía el sugestivo rótulo de "El Sol Naciente", se reunían los torerillos del barrio. Pero yo no tenía relación alguna con ellos. Aquel de los aficionados a toros era un mundo extraño para mí y absolutamente impenetrable. Sevilla, aunque parezca inexplicable, es así: una ciudad hermética, dividida en sectores aislados, que son como compartimientos estancos. Por lo mismo que la vida de relación es allí más íntima y cordial, los diversos núcleos sociales, las tertulias, los grupos, las familias, las clases, están más herméticamente cerrados, son más inabordable que en ninguna otra parte. En Sevilla, de una esquina a otra hay un mundo distinto y hostil a lo que le rodea. Esta hostilidad es lucha desesperada y salvaje en los clanes infantiles; lucha de esquina contra esquina, de calle contra calle, de barrio contra barrio. En la Cava, a donde habíamos ido a vivir, había dos clanes antagónicos: el de la Cava de los gitanos y el de la Cava de los civiles, y los chicos de una y otra Cava se apeataban rabiosamente.

En el grupito de aficionados a toros del Altozano yo no tenía nada que hacer. Yo, por muy aficionado a toros que fuese, no era de ellos. Los míos eran otros: una cuadrilla formada al margen de la torería "oficial" por tipos estrafalarios, muchachitos disparatados que querían ser toreros sin tener ningún fundamento para serlo. De la amistad con los tres tipógrafos extravagantes que me llevaron a cazar leones salí para caer en otros amigos más raros si cabe: toreros chiflados, gente de imaginación exaltada que iba a la torería como a una aventura novelesca. Uno de aquellos tipos raros que querían ser toreros porque sí, era un tal Abellán, hijo de un carabnero, muchacho de una imaginación enfermiza, medio tuberculoso, muy atormentado por malos vicios y sugerencias diabólicas. Terminó escribiendo obras de teatro y creo que hasta estrenó alguna. Con nosotros andaba también un tipo graciosísimo, víctima de la misma obsesión de la torería. No había toreado jamás ni creo que en el fondo lo deseara. Lo que verdaderamente le obsesionaba era el deseo de tener una espada de torero. Creo que esta aspiración era lo único que le llevaba a la torería. Una vez consiguió hacerse con un sable viejo muy grande. Lo cortamos y con una piedra de amolar lo convertimos en un estoque, que aquel loco llevaba orgullosamente a todas partes, como si ya no necesitase más para ser torero. Del pedazo de sable que sobró hicimos una navaja, y con ella ensayábamos a afeitarnos el bozo, que por entonces empezaba a salirnos. Una vez afeitamos con nuestra navaja a un hermano mayor de aquel loco del estoque, que ya tenía una barba cerrada. ¡Cómo se le saltaban las lágrimas al pobrecito! Otro de la cuadrilla era un hijo de un platero de la plaza del Pan que también quería ser torero y terminó, como Abellán, en literato. Se llamaba Blas Medina y era el más sensato y razonable de todos, pero también el que tenía menos plante de torero. Eramos una cuadrilla de locos, de toreros "chalaos", que hubiésemos sido el hazmerreír de los aficionados auténticos si se hubiesen dignado mirarnos.

Blas Medina, el más ecuanime de todos, fué el que planteó la cuestión de la tauromaquia en sus verdaderos términos, sacándonos del mundo irreal en que vivíamos. "Si queremos ser toreros—dijo con una lógica aplastante—, lo primero que tenemos que hacer es probarnos delante de un toro."

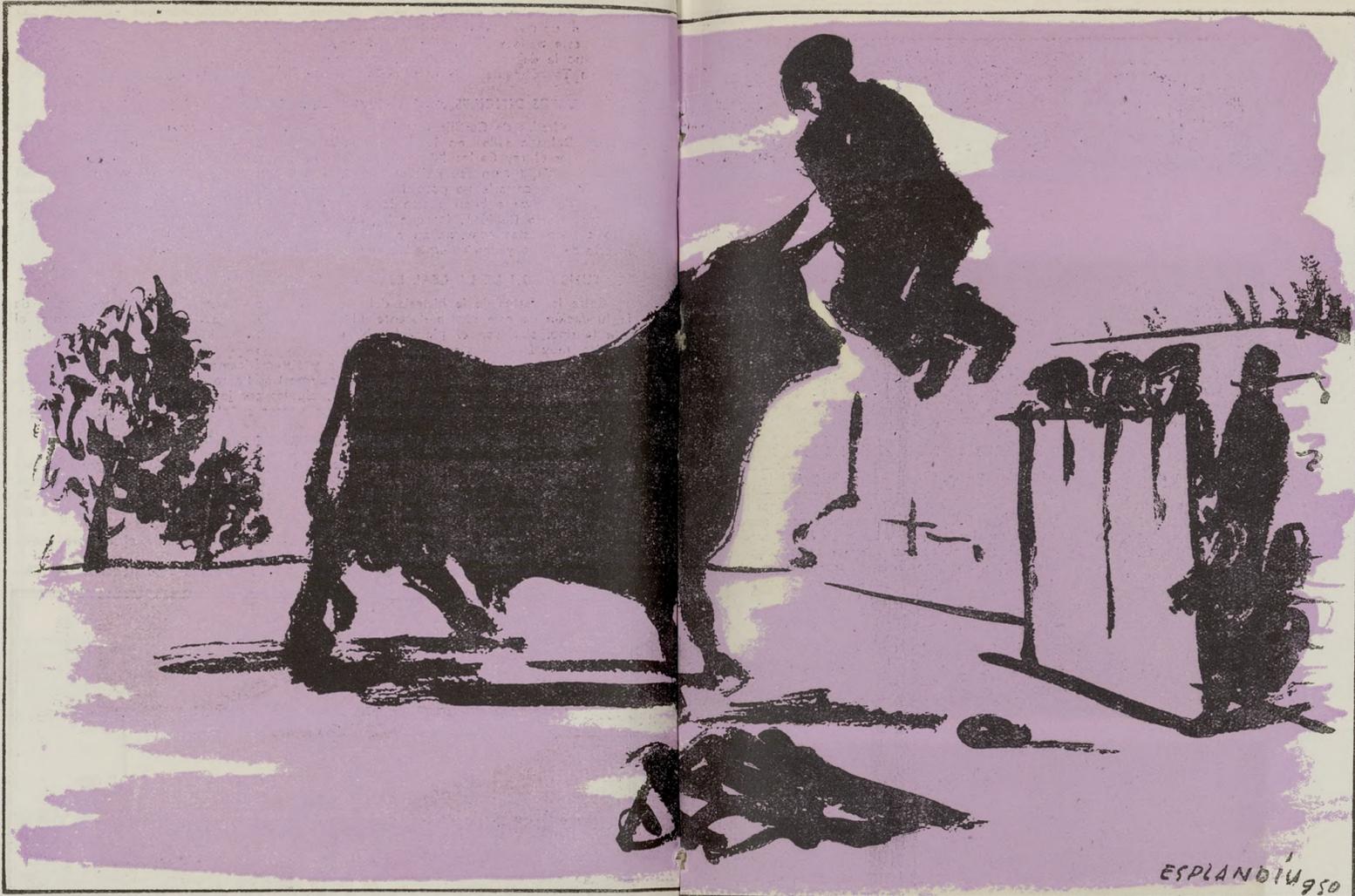
La cosa era bastante razonable, pero su realización ofrecía no pocas dificultades. La única manera de torear que teníamos a nuestro alcance era la de ir a la venta de "Cara Ancha", donde había una placita y un becerro que soltaban para que lo lidiasen los aficionados mediante el pago de cinco o diez pesetas. Me entusiasmé la idea y prometí aportar el dinero que a escote me correspondiese. A los demás toreros de nuestra cuadrilla aquello de tener que buscar dinero para ir a ponerse delante de un toro les parecía superfluo. Ellos eran toreros por obra y gracia del Espíritu Santo, y no necesitaban más pruebas. Quedó acordado, sin embargo, que cada uno pondría una peseta, y una mañana íbamos a que nos soltase el becerro. Cuando llegó el día señalado me encontré con que casi todos los de la cuadrilla se rajaban. El que más, se presentaba con cincuenta céntimos y poquitas ganas de torear. Yo estaba ansioso de verme frente al toro, y con el dinero que había podido rapiñar empecé a suplir el que les faltaba a mis compañeros. Llegamos a reunir hasta quince o dieciséis reales. Lo menos que el dueño de la venta quería cobrar para dar suelta al becerro era un duro. Vací mi bolsillo, y aunque faltaban todavía unas perras para los veinte reales, nos permitieron saltar a la placita y se abrió solemnemente la puerta del chiquero.

MI PRIMERA FAENA

Lamento que en aquella fecha no hubiese un revistero desocupado que diese fe de mi primera faena. Yo no sé contar lo que les hago a los toros. Recuerdo, sí, la impresión que me produjo ver de cerca aquel bulto inquieto que se revolvió y correteaba detrás de nosotros. Al salir del chiquero el becerro se quedó mirándome encampanado, y yo entonces, sugestionado por aquella mirada retadora del animal, avancé hasta el centro de la plaza, me arrodillé, le cité por derecho, y cuando se arrancó hacia mí aguanté la embestida, y en el momento preciso le di el cambio de rodillas con toda limpieza. Me quedé estupefacto cuando vi que aquella mole, siguiendo el engaño dócilmente, había pasado junto a mi rozándome, pero sin derribarme. Aquello me llenó de júbilo. ¡Parecía mentira! Loco de alegría, eché a correr tras el toro y le di dos o tres lances.

A la estupefacción de comprobar que la bestia pasaba efectivamente por donde el capotillo la llevaba siguió en mí una confianza ciega, y con la misma seguridad que si estuviese toreando a un amigo, le di todos los pases que llevaba tantos años ensayando: simulé quites y señalé verónicas, medias verónicas y recortes. ¡Qué revelación tan maravillosa aquella del toro! ¿De manera que a los toros se les podía hacer las mismas cosas que a las sillas, a los perros y a los amigos?

Cuando el becerro se cansó de embestir y se quedó frente a mí jadeando y con la lengua fuera, me dió la impresión de que estaba tan maravillado como yo. Es posible que los atolondrados aficionados que iban a torearle nunca le hubiesen hecho cosa semejante. Me entraron ganas de abrazarme a él y felicitarle por la parte que le correspondía en mi éxito. De esta inclinación sentimental por mi colaborador me sacó él mismo al cambiar de táctica y pegarse malhumorado a un burladero, del que no alargaba el pescuezo más que para castigarlos con



la esgrima sabía de sus cuernos, arrepentido seguramente de la condescendencia que había tenido conmigo al dejarse torear. Yo me dejé coger y golpear una y otra vez. Estaba entusiasmado hasta tal punto, que los golpes que el becerro me daba no me dolían siquiera. Cuando volvía a casa iba radiante, transfigurado y molido. Mis hermanillos se revolcaban, casi desnudos, por el suelo del corral. Mi madrestra—ya mi padre había vuelto a casarse—me preguntó enfurruñada:

—¿De dónde vienes tú tan desatinado?

Me estiré altivo.

—De buscarle el pan a toda esta gente—contesté señalando a mis hermanillos con una infinita petulancia, de la que todavía hoy me ruborizo.

LA BESTIA NEGRA

En la venta de Camas había también una placita y un becerro. Pero así como en la venta de "Cara Ancha" renovaban el becerro cuando estaba ya muy toreado, el becerro de la de Camas, un buen mozo negro, zaino, era de plantilla. El ventero lo había comprado apenas lo destetaron, y por lo visto tenía el propósito de explotarlo castigando aficionados hasta que le llegase la hora de unirlo a la carreta. A medida que el animal crecía y se adiestraba en su oficio de verdugo, costaba menos dinero—y más sangre—torearlo. Llegó el ventero a soltarlo por una peseta. Nosotros juntábamos las monedas que podíamos garbear y nos íbamos a torearlo. Cuando asomaba por la puerta del chiquero con su paso cansino de ganapán que echa mano a su tarea, nos miraba como diciéndonos: "¿Qué? ¿Estáis aquí ya? ¿Venís dispuestos a que os zurre bien la badana?"

Se aculaba en un rincón y se ponía al acecho. Derrote que tiraba, torerillo que robaba por el suelo. Era tan imposible torearle, que ya íbamos resignadamente a dejarnos coger. Se trataba de ver quién era el que se dejaba coger más veces. No conseguimos jamás dar un pase a aquella bestia sabia, que nos tenía el cuerpo acardenalado. Aquello no era torear. Era la lucha desigual y suicida contra la fuerza bruta aliada a los peores instintos. Cada vez más hábil y más sañudo, sabía derribarnos con un certero golpe de testuz cuando menos lo esperábamos, y luego, al vernos ya en el suelo, nos pisoteaba, babeaba y mordía, infiriéndonos toda clase de agravios. Aquel debatirse desesperado entre las pezuñas de nuestra bestia ne-

gra, que amasaba el fango y el estiércol con nuestro cuerpo, era la pesadilla de aquellos sueños triunfales que nos embargaban. Pasaba el tiempo, y el becerro, alimentado a pienso con el dinerillo que nosotros pagábamos por torearlo, iba creciendo en tamaño y poder, en astucia y encono. Más cauto y más sabio cada día, llegó a hacernos víctimas de verdaderos refinamientos de crueldad. Nos pegaba donde sabía que más podía dolernos, se complacía en destrozarnos las ropas y debía divertirse mucho al ensuciarnos la cara con sus boñigas. Era la bestia negra de nuestra existencia. Su maldad sólo era comparable a la del ventero, que con nuestro dinerito iba cebándole para que cada vez nos castigase con más fuerza.

LA ATRACCION DEL PELIGRO

Yo no vivía más que para el toreo. Mi casa iba de mal en peor y la miseria nos iba a los alcances. Mi padre se cargaba de hijos, a los que difícilmente podía mantener con su meneguado y claudicante negocio, y yo, que era el mayor, me desentendía de aquella catástrofe familiar, indiferente a todo lo que no fuese mi pasión por los toros y la sugestión que sobre mí ejercía aquella pandilla de torerillos a la que con alma y vida me había unido. La fascinación que aquel grupo de amigos me producía sólo pueden comprenderla quienes en la adolescencia hayan caído fervorosamente en uno de esos núcleos juveniles que, por desconformidad con el medio, se forman en torno a un misticismo cualquiera, social, político o artístico, y que con su prestigio revolucionario absorben íntegramente al hombre nuevo.

Por la mañana, después de haber hecho muy amargas reflexiones al verme en contacto con la ruina de mi casa, me iba contrito al puesto de quincalla y ayudaba a mi padre con la mejor voluntad y el más firme propósito de enmienda.

Pero no tardaba en asomar por allí alguno de los zagalones de la pandilla, que venía a soliviantarme.

—Oye, tú; esta noche vamos al campo.

—Yo no puedo ir, déjame.

—¿Qué? ¿Te rajas? Hay ganado bravo; te lo advierto.

Mis buenos propósitos se derrumbaban al presentir la aventura fascinadora de la noche próxima.

—¿De veras hay ganado bravo?

—Lo hay. Sale la luna a las doce y media. A las once nos reunimos en San Jacinto.

Esto bastaba para perderme. Ya no pensaba más que en el azar de la noche, en sus riesgos innumerables y en el placer de vencerlos. Abandonaba el puesto de quincalla, se me borraba de la imaginación la angustia de mi gente, y hasta la figura sugestiva de la novia que tenía delante cuando esperaba el agudo silbido con que me avisaba el compañero se desvanecía, como si fuese una sombra que tuviese ante los ojos distraídos.

No sentía yo entonces esa absorción que según dicen ejercen los primeros amores. Tenía unas novias que se sucedían unas a otras como fugaces visiones. Era mi pasión por el toreo lo único que me absorbía. Los amores, las novias, eran una distracción pasajera que no dejaba huella. Aquellas muchachas de barrio de las que fui novio en los patios oscuros de los corrales de Triana pasan sin pena ni gloria por la pantalla de mi memoria, dejándome sólo un vago recuerdo de sus gracias.

Cuando llegamos a Tablada, la luna clara bañaba en leche azul la dehesa. Caminábamos cautelosamente cuando de improviso escandalizaba la noche el esquilón abaritonado de un cabestro.

—¡Hay toros!—nos decíamos, triunfantes.

Venía entonces la dura faena de correr por el campo erizado de espinos, para apartar la res que queríamos torear, cansarla y acorralarla. Algunas noches, cuando estábamos enfrascados en la tarea de mover el ganado de un lado para otro, nos sorprendía el galope del caballo de un guarda jurado. Frente a los guardas del cerrado teníamos los torerillos una actitud de franca rebeldía. Procurábamos que no nos sorprendiesen; pero cuando no tenían más remedio que sorprendernos, lo más que nos consentía nuestra dignidad era retirarnos sin torear, pero sin asustarnos ni echar a correr. Emprendíamos una retirada estratégica, sin descomponernos ni perder nuestro aire de jaque, y el pobre guarda, "por no buscarse una ruina", se contentaba con cubrir las apariencias y nos dejaba ir tranquilamente.

En vista de la ineficacia de los guardas jurados, se encomendó a la Guardia Civil la persecución de los torerillos.

NO HABIA LLEGADO MI HORA

Yo no quería ir aquella noche. No quería ir porque llevaba un trajecito nuevo que con mil apuros había conseguido hacerme para lucirlo en Semana Santa. Pero me insistieron, no supe resistir, y, vestido de disanto como estaba, me fui a Tablada a torear. Estábamos en la faena de apartar el ganado cuando advertimos que unas sombras sospechosas se aproximaban cautelosamente. Creímos que era la Guardia Civil, y a la voz de alarma salieron todos de estampía cada cual por donde pudo. Yo no llegué a saltar la valla y me quedé agazapado, a la expectativa. Los bultos aquellos siguieron avanzando y pronto advertí que no se trataba de los civiles.

—¿Quiénes sois?—pregunté.

—Somos aficionados—contestó una vocecilla atiplada.

Eran, efectivamente, unos chiquillos de diez a doce años que se habían lanzado temerariamente a la aventura de Tablada llevando un verdadero capote de torero. No era extraordinario. La leyenda de nuestras andanzas por la dehesa durante la noche corría ya por Triana, y muchos aficionados se lanzaban a imitarlos. Se daba incluso el caso de que viniesen algunos admiradores a vernos torear, aunque la verdad era que allí en Tablada tanto riesgo corrían los toreros como los espectadores, y a uno de éstos le dió una vez un toro una cornada.

Encomendé a los muchachitos aquellos que fueran a decir a los de la pandilla que no había peligro, mientras yo trataba de encerrar a un toro que teníamos ya apartado, y les dije además dónde teníamos escondidos los aparatos de carburo, para que, de camino, se los trajesen. Tardaron un buen rato en volver, y mientras tanto yo conseguí encerrar al toro en la placita, y allí lo tenía correteando enfadado, en espera de que lo toreásemos. Volvieron diciendo que no habían encontrado a ninguno de la pandilla y que no daban con el escondite de los aparatos de carburo. Era una lástima, porque allí estaba el torete encabritándose y embistiendo contra los burladeros. Pero seguramente los de la pandilla se habían marchado, y, además, sin luces era imposible torear en una noche tan oscura como aquella.

Allí estaba, sin embargo, el enemigo enfureciéndose en la espera, y, aunque apenas se apartaba del burladero, ya no lo veíamos, a mí me estaban entrando unas ganas irresistibles de torear. Tenía en las manos el capote que habían llevado los niños, y cada vez que desde el burladero le daba al toro un abanicazo, sentía la arrancada codiciosa del animal. La ilusión que despertaba en mí el tener en las manos un verdadero capote de torero y la proximidad del toro fueron más fuerte que todas las consideraciones. Llegué a creerme que veía de veras, cuando no eran mis ojos, sino mi ansia de torear lo que me hacía adivinar los movimientos del toro, perdido en las sombras. No pude más. Salí del burladero y me abrí de capa ante la noche inmensa, pretendiendo perforarla con mis ojos torpes, que no descubrían al enemigo. Sentí su arrancada. Lo vi o lo advertí venir hacia mí, y haciendo girar el cuerpo me pasé por la cintura aquella masa negra que salía de la noche y a la noche se volvía ciegamente. Volví a pasar junto a mi cuerpo, llevado por los vientos del capotillo, aquel bolido que las sombras me arrojaban; pero, al tercer lance el toro no vió el engaño o yo no vi al toro, y en un encontronazo terrible fui lanzado a lo alto. Me campaneé furiosamente en el testuz y luego me tiró al suelo con rabia. Allí me quedé hecho un ovillo, sin saber dónde estaba. No veía al toro. La noche se lo había tragado. Entonces sentí que los niños empezaron a llorar y calculé por el sonido de sus llantos dónde estaba el burladero. Procuré arrastrarme hacia él; pero apenas me había movido cuando se me vino encima otra vez aquella mole que se desgajaba de la noche y volvía a sentirme poderosamente suspendido, zamarreado y tirado al fin como un pingajo. Con la cara húmeda de sangre tibia, junto a los guijarros del corralillo, me quedé un rato escuchando a los niños, que lloraban acongojados. Debía estar a dos o tres metros del burladero; pero más cerca, mucho más cerca, tenía amenazadoramente vigilantes sobre mí los cuernos blancos de la bestia. Aquellas dos curvas blancas de los cuernos era lo único que se destacaba netamente en el cuenco negro de la noche. Otra vez intenté escurrir el bulto y otra vez vi cómo aquellos cuernos caían sobre mi cuerpo como un relámpago fulminado por el cielo. Ya entonces, al caer, fui a chocar contra las tablas del burladero, y con un desesperado esfuerzo me puse a cubierto. No me había matado el toro porque no había llegado mi hora. Los muchachitos, aterrorizados, me recogieron y me tocaron la cara ensangrentada, preguntándose ansiosamente si estaba vivo todavía.

Me palpé. Apenas podía incorporarme. Tenía la cara desollada, el cuerpo magullado y el traje hecho trizas. ¡Mi trajecito de Semana Santa! Ciego de rabia y desesperación, me desasí de las manos de los muchachitos, que me consolaban; salí del burladero, me fui para el toro como un loco y empecé a golpearle en el testuz con una saña increíble mientras le insultaba a grito herido. Ante aquella lluvia inusitada de puñetazos y patadas que le caía sobre el hocico, el pobre toro debió de quedar sorprendidísimo. Seguramente no se explicaba cómo le ocurría aquello. La cosa debió de parecerle tan extraña que no aceptó la lucha en el terreno a que mi demencia le llevaba y empezó a recular prudentemente. "Esto no es razonable"—debí de pensar para sus adentros—. Los niños daban entonces unos gritos espantosos.

(Fragmentos del libro "Juan Belmonte, maldad de toros".)

COMO EMPIEZA UN TORERO
(EL TOREO COMO VOCACION)
POR JUAN BELMONTE